

El cristiano y el problema del pecado

Avon Malone

«Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.»

Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1^{era} Juan 1.6—2.2).

Uno de nuestros himnos dice:

En el desierto del dolor y del pecado,
He aquí, desmayo en el camino;
Con las luchas dentro y fuera de mí,
Veo mis fuerzas y esperanzas casi desvanecidas.

Fred A. Fillmore

El autor del cántico ha expresado correctamente una experiencia común a todos nosotros. Constantemente combatimos en una guerra contra el pecado. El pasaje ante nosotros analiza el problema que enfrenta el cristiano.

Con el fin de entender y apreciar realmente estos versículos, uno necesita tener presente que Juan está escribiendo a cristianos. En 1^{era} Juan 3.14, Juan escribe así: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos». Está escribiendo a personas que habían pasado de muerte a vida.

En el contexto histórico y circunstancial en el cual Juan escribe, es probable que estuviera refiriéndose a una herejía muy incipiente. Lo que Juan también se propone con estas verdades es que ellas nos ayuden a enfrentar el problema del pecado y de la culpa que experimentamos después que nos hemos hecho hijos de Dios.

No sé de ningún otro pasaje neotestamentario que sea más esencial para el conocimiento del cristiano recién convertido que este. Si me pidieran hacer una lista de las Escrituras a las que llamaría «formadoras de confianza», probablemente escribiría las siguientes: Romanos 8, Romanos 5, Efesios 2 y 1^{era} Juan 1.6—2.2. Si un hijo de Dios ha de mantener dinamismo y vigor espirituales, es imperativo que conozca estas verdades.

EL PROBLEMA (1^{ERA} JUAN 1.6)

Este pasaje presenta un problema. Es el problema del pecado en la vida del cristiano.

Juan dice: «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad». Un error que amenazaba la fe de la iglesia primitiva era el que decía que el Espíritu es lo que importa y que el cuerpo no es importante. Más adelante, a ese error se le conoció como gnosticismo. Algunos estaban diciendo: «Puedo tener comunión con Él, sin importar lo que haga con mi cuerpo o en mi cuerpo». Sin embargo, Juan declara que si decimos que tenemos comunión con Él y no andamos en luz, mentimos y no practicamos la verdad. Nuestras vidas han de ser consecuentes con el evangelio de Cristo. Filipenses 1.27 dice: «Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo...». Juan está diciendo que realmente no tenemos comunión con Él si andamos en tinieblas. A medida que examinemos este pasaje, veremos que *andar* es una de las palabras importantes a notar. Dar un paso no equivale a andar. Juan se refiere al rumbo que el hombre toma en la vida. La pregunta que debe hacerse no es tanto «¿qué tan lejos ha viajado hasta ahora?», sino, «¿Qué dirección lleva?».

Ahora fíjese en los versículos 8 y 10. En el versículo 8, Juan dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». En el versículo 10, dice: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros». Algunos aparentemente estaban diciendo: «Aunque

algunas acciones de mi cuerpo no son consecuentes con la voluntad del Señor, mi espíritu está bien; por lo tanto, estoy sin pecado». Sin embargo, Juan insiste en que tener comunión con Dios exige que vivamos de cierta manera. A los que podían estar diciendo: «Sencillamente no tengo ningún pecado», Juan les dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos...».

Observe que Juan usa el plural «nosotros». Dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos...». Este no es el «nosotros» editorial en el cual un autor sencillamente se acomoda al lector. A veces, el «nosotros» editorial significa «nosotros» y a veces significa «ustedes»; en este «nosotros», Juan se incluye a sí mismo, de forma literal y real. En otras palabras, Juan está diciendo: «Estoy al mismo nivel de ustedes, mis lectores. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos».

Recuerdo cuando estuve en una reunión hace varios años en un pequeño pueblo de Texas. Había allí un buen hermano que había causado un verdadero problema porque afirmaba que el cristiano debe llegar a un momento en el que vive en absoluta y constante perfección libre de pecado. Este hermano estaba dispuesto a reconocer que un bebé en Cristo no podía vivir de tal manera, pero que después de cierto tiempo, creía que la anterior era la manera como el cristiano maduro debía vivir. Una de las verdades contundentes del pasaje es que Juan se incluye a sí mismo. El gran apóstol del amor se incluye a sí mismo.

Jamás llegamos a un momento en la vida en el cual nos las arreglamos sin nuestro Salvador. No resolvemos el problema del pecado diciendo: «Vivo en absoluta perfección libre de pecado». El engaño a sí mismo es una condición trágica. El que dice: «Vivo sin pecado en absoluta perfección libre de pecado», se engaña a sí mismo.

En el versículo 10, Juan dice: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso...». Decir que no hemos pecado también repercute en la autenticidad y veracidad de Dios mismo.

LA SOLUCIÓN (1^{ERA} JUAN 1.7, 9)

En los versículos 8 y 10, se ve el problema. En los versículos 7 y 9, se propone la solución. En el versículo 7, Juan dice: «Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». El versículo 9 dice: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad».

Parece haber cierta tirantez en el pasaje anterior.

En el versículo 6, donde Juan dice «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad», está implícito que, para que tengamos comunión con Él, debemos andar en luz. Anteriormente, en el versículo 5, Juan dice: «Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él». Para que tengamos comunión con Dios que es luz, debemos andar en luz. Si andamos en tinieblas, no podemos tener comunión con Él. Por lo tanto, la aparente tirantez del pasaje es esta: ¿Cómo podemos nosotros que ciertamente pecamos, tener comunión con Dios que es luz? ¿Cómo podemos tener comunión con Él, cuya naturaleza misma está en contraposición a las tinieblas o el pecado?

¿Cómo se alivia y resuelve esta aparente tirantez? Juan lo explica en este pasaje por medio de tres consideraciones relacionadas entre sí. En primer lugar, en el versículo 7, Juan dice: «... la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». Entonces, no es por nuestro desempeño perfecto, sino que es por nuestra fe y obediencia que tenemos comunión con Él. La sangre nos limpia; ella «continúa limpiándonos» de todo pecado.

En segundo lugar, en la primera parte del capítulo 2, se menciona la intercesión constante de nuestro Abogado. Juan usa una palabra que es práctica y virtualmente la misma que se usa para describir al Espíritu Santo en Juan 14.26. Se trata de lo que se conoce como un cognado. La forma que toma en nuestro idioma es *paracleto*. El *paracleto* o consolador de Juan 14, 15 y 16 es el Espíritu Santo. En este pasaje, el consolador o abogado es Jesucristo. Como Abogado nuestro que es, Él es un intercesor que aboga por nuestra causa y nuestro caso.

Luego, en tercer lugar, está el hecho de que Él es la propiciación por nuestros pecados (1^{era} Juan 2.2). La palabra que aparece en algunas traducciones es «expiación». «Propiciación» insinúa la idea de cumplir las exigencias de la justicia, al satisfacer la ira judicial de Dios, aliviándonos y liberándonos del castigo que de otra manera sería nuestro.

Cuando entendamos que la sangre continúa limpiando, cuando entendamos que tenemos un abogado para con el Padre, cuando entendamos la propiciación, cuando veamos cómo, a pesar del hecho de que no vivimos en absoluta perfección libre de pecado, podremos presentarnos como niños inocentes delante del Padre.

Tenemos aquí una relación acreedor-deudor o patrono-empleado que en sus facetas y partes particulares, debe resolverse en alguna clase de juzgado porque es esencialmente una relación legal. Sin embargo, hay otra clase de relación. Sus hijos no mantienen con usted una relación puramente legal.

Mantienen una relación familiar. La suya es una relación cálida, amorosa, paternal o maternal con sus propios hijos. Dios es nuestro Padre y debido a la provisión que Él ha hecho en Cristo, podemos presentarnos como hijos inocentes. Recuerde: Somos inocentes, no libres de pecado. Juan nos advierte de creer que estamos libres de pecado en los versículos 8 y 10. No resolvemos el problema del pecado diciendo: «No tengo pecado». ¿Cómo resolvemos el problema? Cumplimos las condiciones de los versículos 7 y 9, y por medio de las provisiones de Dios, la sangre continúa limpiándonos de todo pecado.

Hay una palabra que necesita ser enfatizada. Se encuentra en el versículo 7 y en el versículo 9. En la traducción a nuestro idioma, se nos presenta en estas pequeñas palabras de cuatro letras: «todo» o «toda». Es muy importante que usted y yo sintamos toda la fuerza de esas pequeñas palabras, porque Dios no desea que Sus hijos vayan por la vida adoleciendo de cojera espiritual a causa de una persistente y mordiente culpa. Su Palabra revela claramente que Él entiende que no vivimos en absoluta perfección libre de pecado. Sin embargo, podemos estar de pie delante de Él, sin culpa, no por un desempeño perfecto de nuestra parte, sino, por la sangre. El versículo 7 consigna: «todo pecado». El versículo 9 consigna: «toda maldad». Cuando Dios purifica, lo hace completamente. Cuando Dios purga y perdona, lo hace completamente.

He observado un sentimiento que pareciera indicar que es presuntuoso que cualquier persona exprese sensación alguna de certeza. Sin embargo, la Palabra se preocupa de colocar una sólida base para una constante certeza. Si bien es cierto que la Palabra de Dios pone de manifiesto que podemos caer, también pone de manifiesto que hemos de tener certeza y ser felices. Un cristiano puede andar cinco días, cinco años, cincuenta y cinco años, setenta y cinco años desde el día de su bautismo hasta el momento de su muerte física, con una gran sensación de certeza, cuando anda en luz. La certeza no descansa en su propio desempeño perfecto, sin embargo se mantiene esforzándose, se mantiene creciendo. La habitación más grande de la casa es la habitación de la auto-superación. No abandonamos la idea de la superación, del crecimiento y del avance, solamente porque Dios haya provisto para nuestro perdón. Juan nos advierte de ese error cuando comienza el segundo capítulo. Escribe lo siguiente: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis...» (1^{era} Juan 2.1). ¿No ve usted lo que esto significa en el contexto? Estas palabras son para impedir que alguien diga: «Él ha provisto para nuestro perdón.

Nos limpia de todo pecado y maldad. Por lo tanto, sigamos pecando sin ningún problema». Juan dice: «... estas cosas os escribo para que no pequéis». La provisión maravillosa de Dios para la constante purificación no ha de ser objeto de abuso, ni de distorsión, ni de mal uso al tomarla como aliciente u ocasión para pecar. Antes, ha de ser considerada como motivación para una mayor pureza de vida, un mayor servicio y una mayor actividad.

¿Y qué si pecamos? Juan dice: «...y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (1^{era} Juan 2.1). Él intercede por nosotros:

Oh, pies heridos de Jesús, tan cansados de buscarme,
Preséntense en el estrado del juicio de Dios e intercedan por mí
Preséntense en el estrado del juicio de Dios e intercedan por mí
Aquellas preciosas manos que Jesús, levantó una vez en el madero.
Levanta esas manos en el cielo e intercede por mí.
Levanta esas manos en el cielo e intercede por mí.
Oh, resucitado Salvador que vives, libre de la muerte y el dolor,
Aunque entronizado en gloria eterna, intercedes aún por mí,
Aunque entronizado en gloria eterna, intercedes aún por mí,
William J. Kirkpatrick

El grandioso sistema de recuperación espiritual que conocemos como el evangelio es un sistema perfectamente balanceado. No es gracia barata. Provee un fuerte incentivo para un crecimiento constante, que avanza hacia la medida de la plenitud de la estatura de Cristo. Pone en guardia contra el descuido y la irresponsabilidad morales. También pone en guardia contra la desesperación y la sombría sensación de inutilidad en la que algunos han caído cuando sintieron y expresaron: «Todo depende de mí». Ciertamente, Juan está diciendo: «No depende todo de usted, pero existe una condición crítica que ha de cumplirse». Andar en luz en el versículo 7 incluye confesar nuestros pecados en el versículo 9. Si acudimos arrepentidos a Dios en oración, confesando lo que sabemos es pecado, entonces, Él es fiel para perdonar. Esto es, podemos confiar en Él. Cumplirá Su palabra. Pablo dijo: «Dios [...] no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir...» (1^{era} Corintios 10.13). «Fiel es el que os llama, el cual también lo hará», escribe Pablo en 1^{era} Tesalonicenses 5.24. Usted haga su parte y Él es justo y fiel para purificarle de toda maldad.

Hace varios años conducíamos un viejo au-

tomóvil Chevrolet. Yo estaba predicando en un encuentro en Paradise, Texas. Puede que usted no sepa dónde queda Paradise. No está muy lejos de Boyd, Briar, Bridgeport y Azle. Mary Ann partió unos días antes que el encuentro terminara para ir a Kansas a trabajar en una escuela bíblica de vacaciones. La escuela bíblica de vacaciones estaba por comenzar antes de otro encuentro en el cual yo iba a predicar y coincidiría con la primera parte de este. El encuentro en Paradise concluyó el domingo por la noche. Me estaba quedando con un hermano que era un cartero rural del lugar. Me acosté esa noche y me dormí, y desperté a la una en punto. Estaba comprensiblemente ansioso por llegar a Kansas para ver a mi esposa y empezar otro encuentro. Así que me dije: «Emprenderé el viaje ahora mismo. No habrá nada de tráfico». Me introduje en el Chevrolet y partí. Poco después de la una de la madrugada me encontraba rumbo a Kansas. Lo medimos más tarde en el contador de kilómetros. Me encontraba a poco más de 10 kilómetros de la casa donde me había estado hospedando y de repente los limpiaparabrisas produjeron un ruido y el automóvil se detuvo. Significaba que el engranaje de la distribución se descompuso y no avancé ni medio metro. Ese fue el final del camino. Salí del automóvil y comencé a caminar de vuelta al pequeño pueblo donde me había estado quedando, de vuelta en Paradise. Iba en dirección a Paradise, pero el camino a este lugar estaba oscuro aquella noche. La luna había estado brillando un poco cuando salí del pueblo, pero apenas comencé a caminar, la luna se ocultó detrás de una nube, y esa fue la noche más oscura que yo haya visto. En poco tiempo me di cuenta de que tenía que caminar por aquel camino rural. Tuve que caminar *sobre el pavimento* porque cuando caminaba por la orilla de la carretera empecé a resbalar, a tropezarme y a caer. El cimientto del borde era suelto, inestable e inseguro. Cuando digo que estaba caminando sobre la carretera, quiero decir que esa era mi intención y propósito. No deseaba para nada volver al borde después que me di cuenta de lo que aquello acarrearía. Cuando le digo que estaba caminando sobre la carretera, no significa que jamás caminé sobre el borde. Significa que jamás fue mi intención volver al borde. Me encontraba caminando sobre la carretera. Y qué caminata fue aquella.

El hijo de Dios anda en luz. Lo anterior no significa que está viviendo una vida de absoluta perfección libre de pecado, sino que en lo que re-

specta a la intención y el propósito de su vida, él anda en luz. Puede que sin querer o involuntariamente camine por momentos sobre el borde del camino. Este andar tiene que ver con la intención y el propósito. Tiene que ver con una acción voluntaria, habitual y constante. El andar del cristiano no es como el andar del hombre no arrepentido e inconverso.

LOS RESULTADOS (1^{era} JUAN 1.4)

Aquí está la gran lección práctica que puede tener mucho significado para nosotros. La duda es algo peligroso, y jamás fue propósito de Dios que viviéramos el día a día de nuestras vidas plagado por una duda que encoge el alma. Jamás fue propósito de Él que fuéramos como signos de interrogación, sino como signos de exclamación. El pasaje que estamos estudiando dice que el hijo de Dios, aunque profundamente conciente de que no vive en absoluta perfección libre de pecado, está seguro de su salvación, esto es, está en paz. A medida que andemos en luz, a medida que con arrepentimiento confesemos lo malo, la sangre cuyo poder bastó para limpiarnos cuando fuimos bautizados en Su muerte, cuando pasamos de muerte a vida, sigue teniendo un poder que basta para seguir limpiándonos. El tiempo del verbo de 1^{era} Juan 1.7 es tal que podría traducirse por «sigue limpiándonos» de todo pecado. El hijo de Dios tiene acceso a una limpieza constante y ello significa cinco minutos, cinco días, cinco meses, cinco años, setenta y cinco años a partir de nuestra obediencia al evangelio. El hijo de Dios puede decir: «... Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día». Juan escribe este breve libro diciendo: «Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido» (1^{era} Juan 1.4). También dice: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios» (1^{era} Juan 5.13).

CONCLUSIÓN

Si usted no anda en luz, necesita volver a esta. Si sabe que el rumbo de su vida se ha desviado y que no está siguiendo fielmente a Él; necesita volver. Necesita llegar a ser nuevamente un caminante que anda en luz. Si está andando fielmente en luz, regocíjese en la salvación que le pertenece. Si aún no ha venido a la luz por medio de la obediencia al evangelio, tome esa decisión hoy.